

Parochial and Plain Sermons VIII, 16.

En este sermón podemos advertir cómo Newman estructura sus homilias en base a la Sagrada Escritura, en este caso, con una notable profusión de textos que van enhebrando el discurso sobre el pastoreo universal de Cristo, como culminación de las distintas figuras del Antiguo Testamento que son “tipos” suyos, es decir, figuras de Cristo, anticipos en la historia de la salvación, que Jesucristo condensa y plenifica en su Persona. Newman aparece una vez más como maestro en la lectura e interpretación de la Escritura, que la Iglesia siempre leyó e interpretó como una unidad de los dos testamentos. Newman recoge así también la mejor tradición de los Santos Padres, que hacían teología en sus homilias comentando la Escritura. En definitiva eso es la teología, literalmente *Palabra y pensamiento de Dios*, de modo que la primera teología es la misma Escritura y los primeros teólogos sus autores sagrados, o *palabra y pensamiento sobre Dios*, y entonces el teólogo reflexiona en la fe haciendo escuchar lo que Dios mismo ha dicho y ha hecho, profundizando y desarrollando el contenido de la Revelación. Esto es exactamente lo que Newman realiza en su teología homilética, y lo que sus fieles de Oxford escuchaban con atención cada domingo.

Cronológicamente es el último sermón que aparece en la colección de los *Parochial and Plain Sermons*, predicado en Santa María de Oxford, el 30 de abril de 1843. Hubo dos más, en junio y en septiembre, que están publicados en *Sermons on Subjects of the Day*.

EL PASTOR DE NUESTRAS ALMAS

Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas (Jn 10,11)

Nuestro Señor se apropia aquí el título por el cual había sido anunciado por los profetas. “Mi siervo David reinará sobre ellos, y será para todos ellos el único pastor”, dice Dios todopoderoso por boca de Ezequiel (Ez 37,24). Y dice en el libro de Zacarías: “¡Despierta, espada, contra mi pastor, y contra el hombre de mi compañía!, oráculo del Señor de los Ejércitos. ¡Hiere al pastor, que se dispersen las ovejas!” (Za 13,7). Y de igual modo habla San Pedro acerca de nuestra vuelta “al pastor y guardián de nuestras almas” (1 Pe 2,25).

“El buen pastor da su vida por las ovejas”. En aquellos países del este donde apareció nuestro Señor, el oficio de un pastor no es sólo bajo y simple sino oficio de confianza, como lo es con nosotros, pero, más aún, un oficio de grandes trabajos y peligros. Nuestros rebaños no están expuestos a ningún enemigo como los que describe el Señor. El pastor no tiene aquí necesidad de probar su fidelidad a los ovejas a través de encuentros con fieras de rapiña. El pastor mercenario no está sometido a prueba. Pero donde habitó nuestro Señor en su vida terrena era otra cosa. Allí era verdad que el buen pastor daba su vida por las ovejas, “pero el asalariado, que no es pastor, a quien no pertenecen las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye, y el lobo hace presa de ellas y las dispersa, porque es asalariado y no le importan nada las ovejas” (Jn 10, 12-13).

Nuestro Señor encontró dispersas a las ovejas, o, como dice poco antes, “todos los que han venido antes que yo son ladrones y salteadores” (Jn 10,8), y en consecuencia las ovejas no han tenido guía. Así eran los sacerdotes y gobernantes de los judíos

cuando Cristo llegó, de manera que “al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor” (Mt 9,36). Iguales eran los gobernadores y profetas de Israel en los días de Ajab, cuando Miqueas, el profeta del Señor, “dijo: he visto todo Israel disperso por los montes como ovejas sin pastor, y el Señor ha dicho: ‘No tienen señor, que vuelvan en paz cada cual a su casa’” (1 Re 22,17). Así eran los pastores en tiempos de Ezequiel, que dice de ellos: “¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿No deben los pastores apacentar el rebaño?...Las ovejas se han dispersado por falta de pastor, y se han convertido en presa de todas las fieras del campo, andan dispersas” (Ez 34, 2,5). Y así eran también los pastores en tiempos del profeta Zacarías, que dice: “¡Ay del pastor inútil que abandona las ovejas!” (Za 11,17).

Esto pasaba en todo el mundo cuando Cristo vino con infinita misericordia “para reunir a los hijos de Dios dispersos”. Y cuando en conflicto con el enemigo el buen pastor tuvo que sacrificar su vida por las ovejas, y estas quedaron por el momento sin guía, de acuerdo a la profecía antes citada, “herirán al pastor y se dispersarán las ovejas”, El pronto resucitó de entre los muertos para vivir eternamente, de acuerdo a esa otra profecía: “El que dispersó a Israel le reunirá y le guardará como hace un pastor con su rebaño” (Jer 31,10). Y así como El mismo dice en la parábola que tenemos delante: “él llama por su nombre a las ovejas propias, y las saca fuera, y va delante de ellas, y las ovejas le siguen porque conocen su voz” (Jn 10,3-4), así cuando resucitó, mientras María lloraba la llamó por su nombre, y ella se dio vuelta y reconoció por el oído al que no había reconocido por los ojos (Jn 20,16). Así también, dijo “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?”, y agregó, “Sígueme” (Jn 21,15). Y de igual modo, El y su ángel dijeron a las mujeres: “Ved que irá delante de vosotros a Galilea” (Mc 16,7), “Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán”(Mt 28,10).

Desde aquel momento el buen pastor, que tomó el lugar de las ovejas y murió para que tuviesen la vida eterna, ha ido delante de ellas, y ellas “siguen al Cordero a dondequiera que vaya” (Ap 14,4), y van siguiendo las huellas del rebaño y apacientan sus cabritos junto a las tiendas de los pastores (Cant 1,8).

Ninguna imagen terrenal puede estar a la altura de la tremenda y misericordiosa verdad de que Dios ha llegado a ser el Hijo del hombre, que el Verbo se hizo carne y nació de una mujer. Este misterio inefable sobrepasa las palabras humanas. Ningún título de la tierra pudo darse Cristo a sí mismo, tan bajo o humilde, que nos mostrara adecuadamente su condescendencia. Su acción es demasiado grande incluso para que la pronuncien sus propios labios. Aún así, se deleita en la imagen contenida en el texto, transmitiéndonos alguna noción, en el grado que podemos recibirla, de la degradación, las penas y los dolores que sufrió por nuestra causa.

Esto fue profetizado por el profeta Isaías bajo esta figura: “Ahí viene el Señor Dios con poder, y su brazo lo sojuzga todo...Como pastor pastorea su rebaño, recoge en brazos los corderitos, los lleva en su seno, y trata con cuidado a las paridas” (Is 40,10). Y nuevamente Él promete por boca de Ezequiel: “Aquí estoy yo; yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él. Como un pastor vela por su rebaño cuando se encuentra en medio de sus ovejas dispersas, así velaré yo por mis ovejas. Las recobraré de todos los lugares donde se habían dispersado en día de nubes y brumas” (Ez 34, 11-12). Y el salmista dice de Él: “El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace descansar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas” (Sal 22, 1-2). Y se dirige a El: “Pastor de Israel, escucha, tú que guías a José como a un rebaño; tú que te sientas sobre querubines, resplandece” (Sal 80,2-3). Y Él mismo dice en una parábola, hablando de sí: “¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja

las noventa y nueve en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros” (Lc 15, 4-5).

Hermanos míos, observad que aquí se dice que Cristo, el Señor de los ángeles, condesciende a cargar la oveja perdida sobre sus hombros, y en el pasaje citado del profeta Isaías se decía que Él “recoge en brazos los corderitos, y los lleva en su seno”. Llevarlos en su seno significa el amor con que los carga y la plenitud de su gracia, y llevarlos sobre sus hombros quiere decir la seguridad de su casa, como estaba dicho en tiempos antiguos de Benjamín: “el amado del Señor, en seguro reposa junto a Él, todos los días le protege, y mora entre sus hombros” (Deut 33,12), y también de Israel: “Como un águila incita a su nidada, revolotea sobre sus polluelos, así Él despliega sus alas y le toma, y le lleva sobre su plumaje” (Deut 32,11). Y dice el profeta Isaías: “Bel se desploma, Nebó se derrumba, sus ídolos van sobre animales y bestias de carga...Escúchame, casa de Jacob...que habéis sido llevados *por Mí* desde el vientre materno. Hasta vuestra vejez, yo seré el mismo, hasta que se os vuelva el pelo blanco, yo os llevaré. Ya lo tengo hecho, yo me encargaré, yo me encargo de ello, yo os salvaré” (Is 46, 1-4). Sólo Aquel que se inclinó y descendió, sólo Él pudo hacerlo, pudo soportar el peso del mundo entero, la carga de un mundo culpable, el fardo del pecado del hombre, la deuda acumulada, pasada, presente y futura, los sufrimientos con que nosotros debíamos pagar pero no podíamos, la ira de Dios sobre los hijos de Adán, “en su propio cuerpo sobre el madero” (1 Pe 2,24), “haciéndose Él mismo maldición por nosotros” (Gal 3,13), “el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Pe 3,18), “que por el Espíritu Santo se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificando de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto al Dios vivo” (Hb 9,14). Tal fue la acción de Cristo, entregando su vida por nosotros, y por eso es llamado el Buen Pastor.

De aquí que, de modo semejante, desde el tiempo de Adán al de Cristo, el trabajo de un pastor haya sido señalado con un especial favor divino, al ser una sombra del Buen Pastor que iba a venir. El justo “Abel fue pastor de ovejas” y “pasado algún tiempo...hizo una oblación de los primogénitos de su rebaño y de la grasa de los mismos. Y el Señor miró propicio a Abel y su oblación” (Gen 4, 2-4). ¿Y a quiénes trajeron primero los ángeles las nuevas de que había nacido un Salvador? A “unos pastores que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño” (Lc 2,8). ¿Y cuál es la descripción que se da de la familia elegida cuando descende a Egipto? “Pastores de ovejas son tus siervos, lo mismo que nuestros padres” (Gen 47,3). ¿Y cuál fue su reputación en Egipto, en consecuencia, lo cual ciertamente es figura del mundo? “Los egipcios detestan a todos los pastores de ovejas” (Gen 46,34).

Pero hay tres siervos de Dios favorecidos en particular, especiales tipos del Salvador que vendría, hombres de baja condición elevados a un gran honor, en quienes fue Su voluntad que se cumpliera literalmente Su oficio pastoral. Y el primero fue Jacob, el padre de los patriarcas, que apareció ante el Faraón. Llegó a ser, como Abraham antes que él, padre de muchas naciones, “se enriqueció de un modo extraordinario, tuvo muchos rebaños, siervas y siervos, camellos y asnos” (Gen 30,43), le fueron concedidos favores sobrenaturales y se le dio un nuevo nombre: Israel en vez de Jacob. Pero al principio era, como confiesan sus descendientes solemnemente año tras año, “un sirio listo a perecer”, y su trabajo era el cuidado de las ovejas, con mucha fatiga y sufrimiento, y por muchos años, según conocemos por su protesta a su duro amo y pariente, Labán: “En veinte años que llevo contigo, tus ovejas y tus cabras nunca han abortado, y los machos de tu rebaño nunca me los he comido. Ganado destrozado por fieras nunca te llevé: yo pagaba el daño, de lo mío te cobrabas tanto si era yo robado de día como si lo era de noche. De día me consumía el calor, y de noche el frío, y huía

el sueño de mis ojos. Ésta ha sido mi suerte por veinte años en tu casa...y diez veces has cambiado mi salario” (Gen 31, 38-41).

¿Quién es más favorecido que Jacob, que fue exaltado a ser un príncipe con Dios, y a prevalecer por la intercesión? Sin embargo, como veis, es un pastor, una imagen para nosotros de ese místico y verdadero Pastor y Obispo de las almas que debía venir. Pero hay un segundo y un tercero también altamente favorecidos de distinto modo. El segundo es Moisés, que expulsó a los pastores rivales y ayudó a las hijas del sacerdote de Madián para dar de beber al rebaño, y que cuando estaba cuidado el rebaño de su suegro Jetró vio al ángel del Señor en la llama de fuego de la zarza. El tercero es David, el hombre según el corazón de Dios. Fue “el hombre puesto en alto, el ungido del Dios de Jacob, el suave salmista de Israel” (2 Sam 23,1), pero fue encontrado entre las ovejas, “el Señor...lo sacó de los apriscos del rebaño; de andar tras las ovejas, lo llevó a pastorear a su pueblo, Jacob, a Israel, su heredad. Los pastoreó con corazón íntegro, los guiaba con mano inteligente” (Sal 78, 70-72). Samuel vino donde estaba Jesé y miró a sus siete hijos, uno por uno, pero no encontró a quien Dios había elegido, y “preguntó, pues Samuel a Jesé: ‘¿No quedan ya más muchachos?’. Él respondió: ‘Todavía falta el más pequeño, que está guardando el rebaño’. Y cuando llegó “era rubio, de bellos ojos y hermosa presencia, y dijo el Señor: ‘Levántate y úngelo, porque éste es’” (1 Sam 16, 11-12). Y nuevamente, después de haber estado en la corte de Saúl, “iba y venía de junto a Saúl para apacentar el rebaño de su padre en Belén” (1 Sam 17,15), y cuando llegó adonde estaba el ejército su hermano le reprochó diciendo: “por haber dejado aquellas pocas ovejas en el desierto”, y cuando fue llevado ante Saúl le contó cómo “cuando venía un león o un oso y arrebatava una oveja del rebaño”, él salía en su persecución, los hería, y la liberaba (1 Sam 17, 28, 35-37). Tales eran los pastores de los tiempos antiguos, hombres de paz y de guerra a la vez, hombres simples, sin duda, “simples hombres que vivían en tiendas”, “los más mansos de los hombres”, pero no cómodos o indolentes, sentados en verdes praderas y al borde de frescos arroyos, sino hombres de rudos trabajos, sometidos a la necesidad de sufrir, mientras tenían la oportunidad de realizar hazañas.

Si tales fueron las figuras, cuánto más sería la Verdad misma, el buen Pastor, cuando llegó, inocente y heroico. Si los pastores son hombres de vida simple y oscura fortuna, incorruptos y desconocidos en las cortes de los reyes y en los mercados del comercio, cuánto más Aquel que era “el hijo del carpintero”, que era “manso y humilde de corazón”, que “no luchó ni gritó”, que “pasó haciendo el bien”, que “cuando era injuriado no devolvía la injuria”, y que fue “despreciado y rechazado por los hombres”. Si, por otra parte, son hombres de sufridos y probados, cuánto más Aquel que fue “varón de dolores”, y que “dio su vida por las ovejas”.

Dice Jacob, “Ganado destrozado por fieras nunca te llevé: yo pagaba el daño, de lo mío te cobrabas” (Gen 31,39), ¿y no se ha hecho cargo Cristo del precio de nuestras almas? ¿No se ha hecho responsable por nosotros, desgarrados por el demonio? Dice, como el buen samaritano: “Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva” (Lc 10,35). O, como en otra parábola y bajo otra imagen: “Señor, déjala por este año todavía...por si da fruto en adelante, y si no da, la cortas” (Lc 13,8-9). Dice Jacob, “de día me consumía el calor” (Gen 31,40), ¿y quién fue Aquel que al mediodía se sentó junto al mismísimo pozo de Jacob, cansado de su viaje y necesitando aquella agua que saciara su sed, de la que habían “Jacob, sus hijos y sus ganados”? Y aunque Él tenía para dar el agua viva, que el mundo no conocía, al ser el buen pastor prefirió ofrecerla a una de aquellas ovejas perdidas que había venido a buscar y a salvar, más que tomar de la mano aquella mujer el agua del pozo, o aceptar el ofrecimiento de sus discípulos, cuando llegaron con alimentos de la ciudad y le dijeron: “Maestro, come” (Jn 4, 5-31).

Dice Jacob, “de noche me consumía el frío, y huía el sueño de mis ojos” (Gen 31,40), ¿y no leemos de Aquel que acostumbraba a levantarse mucho antes que amaneciera y continuaba en oración a Dios, que pasaba las noches en la montaña o en el mar, que habitó cuarenta días en desierto, que la tarde y la noche de su pasión fue abandonado en el huerto inhóspito, o desnudado y desangrado en el frío juicio?

Moisés, entre sus ovejas, tuvo la visión de Dios y conoció el adorable Nombre de Dios, y Cristo, el verdadero pastor, llevó una vida de contemplación en medio de su trabajoso ministerio, fue transfigurado en la montaña, y nadie conoció al Hijo sino el Padre ni al Padre sino el Hijo.

Jacob resistió, Moisés meditó y David luchó. Jacob resistió el frío y el calor, las noches sin dormir, y pagó el precio de la oveja perdida. Moisés fue subido a la montaña durante cuarenta días. David luchó con el enemigo y recobró a la víctima, la rescató de las fauces del león y de las garras del oso, y mató a las fieras voraces. Cristo, también, no sólo sufrió con Jacob y estuvo en contemplación con Moisés, sino que luchó con David. Éste defendió las ovejas de su padre en Belén, y Cristo, nacido y anunciado a los pastores de Belén, sufrió en la cruz para conquistar. Vino “de Edom, de Bosrá, con vestidos teñidos de rojo”, pero “era glorioso en su vestir”, porque pisó a los pueblos “en su ira, los holló en su furia, y salpicó su sangre sus vestidos, manchando toda su vestimenta” (Is 63,1-3). Jacob no fue como David ni David como Jacob, y ninguno de los dos como Moisés, pero Cristo fue todos ellos, llevando a plenitud sus respectivas figuras, el humilde Jacob, el sabio Moisés y el heroico David, todos en uno: Sacerdote, Profeta y Rey.

Hermanos míos, decimos todos los días que “somos su pueblo y ovejas de su rebaño”, que “hemos pecado y nos hemos apartado de sus caminos, como ovejas perdidas”. No olvidemos estas verdades, no olvidemos, por un lado, que somos pecadores, y por otro, que Cristo es nuestro guía y guardián. Él es “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6). Él es una luz en nuestro camino, una lámpara en nuestro sendero. Él es nuestro Pastor, y las ovejas conocen su voz. Si somos sus ovejas, la escucharemos, la reconoceremos, y la obedeceremos. Tengamos cuidado de no seguirlo, pues “El va adelante y sus ovejas le siguen, porque conocen su voz”, y de no recibir su gracia en vano. Cuando Dios llamó a Samuel, él respondió: “Habla, Señor, que tu siervo escucha” (1 Sam 3,10). Cuando Cristo llamó a San Pablo, él “no fue desobediente a la visión celestial” (Hech 26,19). Deseemos conocer su voz, pidamos el don de tener oídos atentos y un corazón dispuesto. Él no llama a todos los hombres de una sola manera, sino a cada uno según lo dispone. A San Pedro le dijo, refiriéndose a San Juan, “Si quiero que se quede hasta que yo vuelva, ¿qué te importa? Tú, sígueme” (Jn 21, 22). No es siempre fácil conocer su voz. San Juan la conoció y dijo “Es el Señor”, antes que San Pedro (Jn 21,7). Samuel no la conoció hasta que Elí se lo dijo. San Pablo preguntó “¿Quién eres, Señor?” A nosotros se nos manda “discernir los espíritus para ver si son de Dios”, pero cualesquiera sea la dificultad en saber cuándo llama Cristo, y adónde, al menos busquemos su llamada. No nos conformemos con nosotros mismos, no hagamos nuestro hogar ni de nuestro propio corazón, ni de este mundo, ni de nuestros amigos, sino que busquemos una patria mejor, es decir, la celestial. Busquémosle a Él, que solo puede guiarnos a esa patria mejor. Mirémonos como ovejas en el desierto sin caminos, que a menos que sigan al pastor ciertamente se perderán, ciertamente caerán en la boca del lobo. Estamos seguros mientras estamos cerca de Él, y bajo sus ojos, pero si dejamos que Satanás gane ventaja, ¡ay de nosotros!

Benditos aquellos que ofrecen la flor de sus días, y la fuerza de su alma y de su cuerpo, a Él. Benditos los que en su juventud se convierten a Él, que dio su vida por ellos, y que se las daría y la infundiría en ellos de buena gana para que puedan vivir

eternamente. ¡Benditos los que, venga lo bueno o lo malo, el sol o la tempestad, el honor o el deshonor, deciden que Él sea su Señor y Maestro, su Rey y su Dios! Llegarán a un perfecto final, y a la paz. Le confesarán con Jacob, antes de morir, como “el Dios que ha sido mi pastor desde que existo hasta este día, el Ángel que me ha rescatado de todo mal” (Gen 48,15-16), y con Moisés, que “su reposo sea tan largo como sus días” (Deut, 33,25), y con David, que “aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan” (Sal 22,4), porque “Si pasas por las aguas, yo estoy contigo, si por los ríos, no te anegarán. Si andas por el fuego, no te quemarás, ni la llama prenderá en ti. Porque yo soy el Señor tu Dios, el Santo de Israel, tu salvador.”(Isaías 43,2-3)